

CATEQUESIS Y DIACONÍA: ¿MATRIMONIO DE AMOR O DE RAZÓN?

Étienne Grieu¹

En las representaciones espontáneas de muchos cristianos, la diacónía – definida por Benedicto XVI como el servicio de amor al prójimo ejercido de manera comunitaria y ordenada²– constituye una puesta en práctica de la fe. Dicho de otra manera, primeramente se daría el corazón a corazón con Dios, en la intimidad de sí mismo, y luego, como una consecuencia o aplicación, el amor al prójimo, con una atención especial por aquellos y aquellas que están en situación difícil. Este esquema no es para nada despreciable, ha formado parte de generaciones y generaciones de militantes y voluntarios: pero debe ser completado. Pues si solo nos conformamos con esto, los compromisos solidarios no aportarían por ellos mismos nada a la fe, serían lugares donde se da pero donde poco se recibe. Traducido al plano eclesial: las obras de caridad y las luchas por la justicia se miran cómo apéndices de la vida cristiana, se colocan en la periferia de la Iglesia. Benedicto XVI ha recordado:

1 Étienne GRIEU, enseña en el Centro Sèvres donde es decano de la Facultad de Teología. Su tesis nos habla de la experiencia creyente de los cristianos de perfil militante: *Nés de Dieu, itinéraires de chrétiens engagés, essai de lecture théologique*, coll. *Cogitatio Fidei*, Paris, Cerf 2003; ha publicado también: *Un lien si fort. Quand l'amour de Dieu se fait diaconie*. Paris, Éd de L'Atelier, 2012 (nueva edición completada). El original de este artículo aparece en la revista "Lumen Vitae": *Catéchèse et diaconie: mariage d'amour ou de raison?* V.57,n° 3-2012 (pp. 245-258)

2 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 21

“La naturaleza profunda de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (kerygma-martyria), celebración de los Sacramentos (liturgia), servicio de la caridad (diakonia). Son tres tareas que se llaman unas a otras y que no pueden estar separadas la una de la otra. La caridad no es un tipo de actividad de asistencia social que se podría también dejar a los otros, sino que pertenece a su naturaleza, es una expresión de su esencia misma, la Iglesia no puede renunciar a ella”³

Si seguimos esta perspectiva, la diaconía se sitúa no en la prolongación, sino en el corazón de la vida cristiana y de la Iglesia. Dentro de la misma naturaleza de la Iglesia, hablando de su esencia, es simplemente indispensable para la comunidad cristiana: nadie se puede sentir libre como si fuera el asunto de algunos especialistas a quien se les encarga el tema. Benedicto XVI insiste además sobre los lazos que existen entre estos tres elementos constitutivos de la misión de la Iglesia. Imposible, por consiguiente, separar el anuncio de la Buena Noticia de la celebración y de la diaconía. No es únicamente la exigencia de una coherencia que se tiene que mantener, sino es primeramente y simplemente, como el papa anota, que estas tres tareas “se llaman una a la otra”.

Inscribiéndonos en esta perspectiva, focalizaremos aquí la atención en la relación entre catequesis y diaconía. ¿Cómo pensar y organizar el anuncio del Evangelio para integrar mejor la dimensión de la diaconía⁴? Para tratar el tema, en un primer momento, nos preguntaremos: ¿De qué manera la misma catequesis es ya diaconía por sí misma?, Luego, examinaremos como la preocupación por articular servicio de la fe y entrada en la diaconía podría expresarse y desplegarse en la actividad catequética. En un tercer momento, a partir de una concepción “descompartimentada” de

3 Ibid., n. 25

4 Me limitaré, por falta de conocimientos suficientes, a Europa Occidental.

la catequesis, se verá como la preocupación por compartir con otros la Buena Noticia pone en primer plano, para la Iglesia y sus comunidades, la pregunta de su vocación diaconal.

LA CATEQUESIS POR SI MISMA PARTICIPE DE LA DIACONÍA

En el Nuevo Testamento, las palabras de la familia de diaconía representan un centenar de citas. Este hecho subraya por sí mismo su importancia. El espectro de significación es amplio, y esta amplitud es, por sí misma, interesante de explicar.

Diaconía puede en efecto designar primeramente el humilde cargo de servicio de mesa (sobre todo en Lc 4,38-39; 10,39-40 – el episodio de Marta y María –; 12,36-37; 17,7-8; 22,26-27 – donde Jesús se designa el mismo como el “diakonos”) para comprender de hecho, de manera amplia, es como una tarea de acogida y de preocupación por el huésped⁵. Es este término el que se encuentra en la famosa narración de la elección de los siete (Hch 6) en donde la tradición ha reconocido a los primeros diáconos. Se ve aquí que ese servicio de la mesa – que probablemente comporta un sostén material a los miembros más vulnerables de la comunidad – constituye para la comunidad un punto de atención muy importante, que se distingue pero que no puede oponerse al servicio de la Palabra⁶. La Iglesia en efecto testigo de la resurrección de Cristo no lo es solamente gracias a la predicación de los apóstoles, sino también gracias al hecho del tipo de relaciones que los creyentes adoptan, marcado por el compartir de los bienes y la preocupación por los débiles, que ayudan a una expansión de la Buena Noticia, como lo muestran los pequeños “sumarios” de los Hechos (2,42-47 y 4,32-35).

Pero la palabra se emplea también para designar la misión de Cristo mismo. Así en Marcos 10,45 Jesús dice: “El Hijo del hombre

5 Ver M.T. PERROT, “Service des tables et de la Parole (Actes 6,1-7)” en “Diakonia. Le service dans la Bible”, Cahiers Évangile n° 159, mrs 2012, p. 51

6 Ibid.

ha venido no para ser servido [diakonèthènai], sino para servir [diakonèsai] y dar su vida en rescate por la multitud” (Mt 20,28). Texto muy interesante, pues se puede considerar “dar su vida en rescate por la multitud” constituye un resumen de toda la misión de Cristo. Por lo tanto en la construcción de esta frase, servir [diakonèsai] es por ella misma como un resumen de resumen. La palabra contiene y por consiguiente expresa, si se puede decir, toda la misión de Cristo. Al mismo tiempo, hay una cuestión polémica: está sugerida por los evangelistas para contra-distinguir la manera como los discípulos querían inscribirse ellos mismos en esta misión de Cristo, en la búsqueda de los mejores asientos. La llamada a servir viene en efecto a responder a las querellas que regularmente y desde los comienzos, agitan al grupo de los doce: Mc 10,45 cierra el episodio divertido de la pregunta de Santiago y Juan para sentarse uno a la derecha y otro a la izquierda de Jesús; Lc 22,27 viene a continuación de una disputa, cuando la Última Cena, para saber quién debe ser considerado como el más grande entre los discípulos. Se puede entender por consiguiente, a través del término diaconía, una invitación a una manera de vivir juntos que, haciendo eco al itinerario de Cristo, lleva a la oposición de las lógicas de la rivalidad y de la competición. Es en el mismo sentido que se puede comprender la convergencia en el Nuevo Testamento entre “diakonos” (servidor) y “doulos” (esclavo), relación inhabitual para la época⁷.

Además Pablo emplea las palabras de la familia de la diaconía para designar su propia misión. Por ejemplo en 2 Cor 6,3-4: “(diakonoi theou)”; y también: ¿Quién es de Apolo? ¿Quién es de Pablo? Los servidores [diakonoi] por los cuales habéis sido llevados a la fe” (1 Cor 3,5). En este movimiento, “diakonos” toma el sentido de servidor de la Palabra, que se traduce habitualmente por “ministro” como en la carta a los Efesios (3,7) y Colosenses (1,23,25). Del mismo modo en los Hechos, diaconía es a veces empleado para

⁷ Diakonos designaba en efecto un mensajero o un enviado, el cual se beneficiaba de un poco de prestigio de aquel a quien servía como lo ha demostrado John N. Collins. Ver *Diakonia: Re-interpreting the Ancient Sources*, Oxford University Press, 1990.

designar una participación en la misión de anunciar la Buena Noticia (Hch 1,17.25)

En resumen, el término diaconía, tal como aparece en el Nuevo Testamento, designa un espectro de realidades más amplia que lo que se ha pensado en la historia de la Iglesia donde es a menudo considerado como un sinónimo de “obras de caridad”. Se podrá resumir la perspectiva del Nuevo Testamento diciendo que se presenta la diaconía como un compromiso de algunos hacia los otros que manifiesta el compromiso de Cristo. Dicho de otra manera, una acción, siempre de orden relacional, que quiere hacer sensible, para aquellos a los que se dirige, lo que fue el compromiso de Cristo por la humanidad⁸.

Recalco: Esta definición no limita la diaconía a las acciones solidarias o caritativas: una tal reducción no sería fiel a la manera en que el Nuevo Testamento emplea el término. Pero al mismo tiempo, no excluye, al contrario, la preocupación de los que viven en la precariedad. Primeramente a causa de lo que hemos visto acerca de “servicio de las mesas”, en Hechos 6, y luego bien entendido porque, si la diaconía es hacer que se haga perceptible el compromiso de Cristo, esto está cargado de intención con que se comprenda su atención privilegiada a los pobres, a los enfermos y a los que viven una forma u otra de exclusión o de angustia⁹.

Esto nos da una base firme para pensar en la relación existente entre diaconía y catequesis. Por consiguiente si la catequesis es una iniciación y una enseñanza que hace resonar la Buena Noticia en los oídos de los que lo escuchan, esta participa plenamente de la diaconía de la Iglesia. Esto, a condición, bien entendida, que se

8 Es así que defino el término en “Un lien si fort. Quand l’amour de Dieu se fait diaconie, Paris, Éd. De L’Atelier, 2012, (2ª edición aumentada) ch. 5, especialmente las páginas 113-117.

9 Ver por ejemplo la manera en la que Jesús recibe y presenta su misión en Lc 4,16-30; sobre el lugar de los pobres en la misión de Cristo, ver A.DURAND, *La cause des pauvres. Société, éthique et foi*, coll. *Théologies*, Paris, Cerf, 1996, especialmente el capítulo 3.

concibe el contenido de la fe no como una simple doctrina a la cual adherirse, sino como un mensaje que transforma la existencia y hace ver de otra manera el mundo, comenzando por las maneras de relacionarnos los unos con los otros. Es en esta tonalidad que el concilio se expresa cuando declara:

El catecumenado no es una mera exposición de dogmas y preceptos, sino una formación y noviciado convenientemente prolongado de la vida cristiana, en que los discípulos se unen con Cristo su Maestro. Iníciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en el ejercicio de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que han de celebrarse en los tiempos sucesivos, introdúzcanse en la vida de fe, de la liturgia y de la caridad del Pueblo de Dios (Ad Gentes n. 14)¹⁰.

El texto subraya que la iniciación cristiana¹¹ propuesta en la catequesis no consiste únicamente en adquirir convicciones, sino que se trata de una experiencia mucho más amplia que, a decir verdad, concierne a la persona en toda su integridad y cuya realidad última es un encuentro de Cristo que se une a él. Es una iniciación al misterio de salvación pero igualmente y en el mismo movimiento a “la práctica de las costumbres evangélicas” Hace entrar en la vida del pueblo de Dios, caracterizado aquí por la fe, la liturgia y la caridad.

10Catechesi Tradendae, 1979 y el Directorio General para la catequesis (1997: de aquí en adelante DGC), retoman la mirada aquí definida para el catecumenado – una formación cristiana integral- para alargarla a toda la catequesis. Ver H.DERROITTE, “Initiation et renouveau catéchétique, Critères pour une refonte de la catéchèse paroissiale”, en H.DERROITTE (Dir.) Catéchèse et initiation, coll. Pédagogie catéchétique, n° 18, Bruxelles, Lumen Vitae, 2005.

11 Ad Gentes n° 14 es uno de los textos donde el Vaticano II emplea el término de “iniciación”. Sobre la historia de esta palabra en la Iglesia y su importancia para hoy, ver H.BOURGEOIS, Théologie catéchuménale, coll. Theologies, Paris, Cerf, 1991, ch. 3. “Initiation et christianisme”, en efecto, evoca para la persona, la elaboración de una nueva coherencia que la trabaja en toda su espesor y la renueva profundamente.

Esto da una indicación preciosa sobre la relación entre diaconía y catequesis: al límite, se puede decir que cuando la iniciación a la fe es verdaderamente familiarización con la persona de Cristo: no es necesario añadir un plus de sensibilización a una ética de vivir juntos renovada por el Evangelio. Pues ya, el que descubre al Nazareno en los caminos de Galilea y hasta Jerusalén accede a otra mirada sobre él mismo, sobre su vida, sobre sus relaciones con los otros y con su manera de estar en el mundo; esto, simplemente, contemplando la manera en que Jesús encuentra a los que se cruza dejándose formar por sus gestos e impregnarse de sus palabras. En este lugar el creyente se reconoce – como los que buscaban aproximarse a Cristo- amado por Dios, tal como es, con sus defectos y cerrazones comprendidas. ¡Cuán importante es este primer tiempo de iniciación! Si falta, si el creyente no tiene la ocasión de sentir esta mirada puesta sobre él, pleno de benevolencia y de misericordia, capaz de llamar a la existencia y de hacer vivir a los muertos (Rm 4,17) se podrán darle todas las lecciones de moral de la tierra, pero esto no hará de él un diakonos.

Si la catequesis participa por ella misma de la diaconía, no se puede separar encuentro de Cristo e iniciación a una vida nueva. Es decir, una vez este principio fundamental puesto en marcha, nada prohíbe reflexionar en las maneras de hacer sensible – es decir, concreto, palpable- esta vida nueva que la Iglesia despliega en ella y para todos.

LA CATEQUESIS DESPIERTA LA VOCACIÓN DIACONAL DE CADA UNO

Si es verdad que la familiarización con Cristo hace mover profundamente todos los puntos de referencia, comprendidas las referencias éticas, el creyente será ayudado considerablemente en este trabajo cuando podrá hacer a la vez la experiencia de esta vida nueva y al mismo tiempo tomar conciencia¹². Esto pasará prin-

12 Según la enseñanza bien conocida de Teresa de Ávila: “hay tres fuentes de agua. La pri-

principalmente por la posibilidad de explicitar la relación entre fe y caridad. Esto trae muchos puntos de atención para la catequesis, a partir de aquí, pueden indicarse, cada vez más, a hacer en adelante perceptible la otra lógica a la cual el Evangelio llama.

El primero es la acogida y la toma en consideración de la historia de los que son catequizados. Si la catequesis se concibe como simple instrucción, está fuera del propósito de interesarse a los que a ella se dirige y de invitarles a presentarse, a compartir algún aspecto de su historia, de sus aspiraciones y preocupaciones. Pero si ella se entiende como camino donde cada uno está unido por Dios al lugar donde cada uno está, entonces favorecer una expresión personal se convierte en un momento indispensable de la catequesis. El descubrimiento de las Escrituras (de uno u otro testamento), le permite, especialmente en culturas donde sería inconveniente hablar de sí a llegar hasta el final. Decir cómo se les acoge, decir como son interpeladas por ellas, en qué lugar de su historia o de su esperanza, participa del acto de lectura¹³. A condición bien entendida que esta "respuesta" sea realmente una, es decir que el texto no sea recogido por un pretexto para hablar de sí. El signo que no equivoca es el elemento de sorpresa y de descubrimiento que un tal compartir llama. ¡No había entendido nada de esto! Aquí se

mera gracia es la de ser visitado por Dios, otra es comprender que es un don y una gracia, otra es el saber decir y de dar a entender como es ella. La primera solo podrá ser suficiente para caminar sin titubeos y sin miedo, avanzar con más coraje en el camino del Señor (...). Pero es muy útil, además, comprender estos dones. Y es allá una gracia insigne. Quien las ha recibido debe, para cada uno de ellos, dirigir a Dios las más vivas acciones de gracia" (El libro de la vida, 17,5) Société, éthique et foi, coll. Théologies, Paris, Cerf, 1996, especialmente el capítulo 3.

13 Si la acogida de la Palabra de Dios permite una expresión personal, es también, como lo señala Denis Villepelet, por una razón teológica, porque Dios pide de él mismo una respuesta: "La palabra de Dios trasciende toda palabra de hombre, pero al mismo tiempo se propaga en ella. La persona de Cristo encarna esta reciprocidad entre palabra divina y palabra humana: Él es el Verbo hecho carne, es decir palabra de Dios convertida en palabra humana". Ver "Les défis de la transmission dans un monde complexe. Nouvelles problématiques catéchétiques", coll. Théologie à l'Université, Paris, DDB, 2009, p. 113.

comprueba que ha pasado verdaderamente alguna cosa; con más razón todavía, si el que se ha expresado lo puede decir a si mismo: su historia está tratando de balbucear en esta confrontación con los textos bíblicos. Este primer punto nos da un toque de atención en la duración, fundamentalmente porque los episodios dolorosos – los que pueden a la vez impedir vivir pero también ser lugares de salvación y por consiguiente de acogida de Cristo- son los más difíciles para decir. Y luego, la duración permite que se instaure la confianza indispensable para tal compartir.

Un segundo punto de atención vuelve alrededor del respeto de Dios; se trata de esta actitud que conduce a interesarse verdaderamente por El, a dejar crecer el deseo de conocerle, a osar reconocerse invitado por El. Un primer itinerario en la Biblia permite ver y esbozar trazos de su mirada; poco a poco se afirma también el carácter misterioso de Dios, que culmina en la cruz y lleva a Pablo a exclamar: “¡Proclamamos, un mesías crucificado, escándalo para los judíos, locura para los paganos! (1 Cor 1,23). Este Dios cuyo alfa y omega es misericordia permite al creyente reconocer lo que, en él, se hace cómplice de la enfermedad y de la muerte y de acoger esta parte de él mismo, precisamente en la misericordia de Dios. Los catecúmenos dicen a menudo que el descubrimiento del perdón es un momento determinante de su recorrido; es que va más allá de la posibilidad de aparecer frente a Dios tal como es, y no tal como se debería o se soñaría, lo que conduce de hecho a retardar el encuentro, a someterlo a condición o a hacer tomar a Dios su carácter gracioso.

Es a partir de esto que se puede igualmente evocar la importancia del grupo. En general la catequesis se da a varias personas, y este grupo se podrá convertir en una pequeña comunidad¹⁴. La calidad

14 El DGC subraya este punto en el número 159, recalcando, además, la importancia de la celebración de la eucaristía: “Además de ser un elemento de aprendizaje, el grupo cristiano está llamado a ser una experiencia de comunidad y una forma de participación en la vida eclesial, encontrando en la más amplia comunidad eucarística su plena manifestación” (extracto del n° 159) *tiques catéchétiques*”, coll. *Théologie à l'Université*, Paris, DDB, 2009,

de las relaciones contribuirá mucho a hacer entender o al contrario callar la Buena Nueva del Evangelio; reenvía en efecto a la acogida de cada uno por Aquel que convoca a las personas. ¿Cómo la Palabra circula? ¿Qué lugar se da a aquellos que son menos rápidos para expresar o bien vergonzosos en sus gestos o su palabra? ¿Qué atención dar a cada uno de ellos? ¿La posibilidad de estar en desacuerdo? ¿De decir hasta sus enfados y agresividades? ¿De poder sobrepasar las incomprensiones y las rivalidades? ¿Podemos también reír? ¿De animar a cada uno a mirar alrededor de él, a hacerse sensible a los que conoce, especialmente a los que viven una forma u otra de angustia – no forzosamente para inmediatamente precipitarse en el hacer, sino primeramente dejarse tocar, buscar, comprender, aproximarse a las personas, hablarles, dejarse dominar por ellas?

Tener la ocasión de encontrar otra comunidad permitirá al pequeño grupo de catequesis o de catecumenado progresar en una más grande variedad de relaciones. Cuando se trata de una comunidad que no puede ocultar la fragilidad de sus miembros – porque están marcados por la minusvalía, las dificultades sociales, psicológicas o relacionales – podrá ser la ocasión de escuchar como el Evangelio habla primeramente a los que habitualmente no cuentan mucho. El Directorio General para la Catequesis (1997) preocupado para que las catequesis especializadas (para personas marcadas por las minusvalías o gran precariedad) pueda hacerse, subraya igualmente la importancia que estos lugares específicos queden bien insertos en el seno de la Iglesia y en relación constante con otros: "(...) Es necesario evitar que la catequesis que es necesariamente especializada no finalice por ejercerse al margen de la pastoral comunitaria. Para que esto no se produzca, es necesario informar y comprometer a la comunidad"¹⁵. Se podrá considerar que diferentes grupos de catequesis, los unos especializados, los otros

p. 113.

15 (extracto del n° 189); la misma insistencia vuelve en el n° 190, consagrada a la catequesis de los excluidos

no, se encuentren regularmente. Esto supone, bien comprendido, reflexionar sobre las condiciones que permiten un feliz encuentro y ponen en valor los valores de cada uno. El pequeño ejercicio llamado a veces “visita” de una comunidad a otra, con tiempos para acogerse mutuamente, compartir una cena, intercambiar noticias, orar, abrir la Biblia, es extremadamente precioso para tomar conciencia de lo que es la Iglesia y descubrirla como una verdadera escuela de verdad y encuentro¹⁶.

Es a partir de este terreno que una iniciación a la doctrina social de la Iglesia- que forma parte de su enseñanza- podrá también estar integrada en la catequesis¹⁷. Según los grupos y los contextos, esto podrá ir o no hasta presentar algunos de los principios (bien común, caridad, solidaridad, justicia, destino universal de los bienes, opción por los pobres, subsidiariedad, dignidad de la persona humana) que la estructuran¹⁸. Es la ocasión de subrayar que la revelación de Dios no puede quedar confinada en un círculo estrecho, sino que tiene cosas que decir a la sociedad, comprendidas las maneras de vivir juntos. Por esto que está catequizado, la cuestión de Dios toma entonces una nueva dimensión, con un aire de pertinencia a menudo mucho más amplio que lo que se imaginaba al principio. Una relación puede establecerse entre los combates espirituales que aprendo a vivir y las luchas por la liberación y la justicia, que se despliega a una escala totalmente diferente. Y por tanto, es la misma realidad que se trata¹⁹. Es la ocasión de descubrir un Dios que a la vez me sobrepasa sin convertirse en extraño, tanto como es feliz de reconocer su amor, lo mismo en las realidades inmensas como las pequeñas. Es igualmente muy aprovechable ayudar a convertirse en familiar de algunas de las gran-

16 La Diaconía de Var (fundada el 31 de mayo de 1982 en la fiesta de la Visitación) ha promovido este tipo de práctica que consiste en provocar encuentros de una comunidad a otra.

17 El DGC lo prevé explícitamente (ver especialmente los n° 30 y 175)

18 Ver el site animado por al Ceras sobre la Doctrina Social, muy bien hecho: <http://www.doctrine-sociale-catholique.fr/>

19 Ver en este sentido el encadenamiento de los números 101 a 104 del DGC

des figuras de la Iglesia. Los amigos de Dios son muy a menudo igualmente maestros en humanidad y en fraternidad. El diácono Lorenzo, Francisco de Asís, Vicente de Paúl, Frédéric Ozanam, el padre Damián, Maximiliano Kolbe, Teresa de Calcuta y otros, nos hacen entender como el Evangelio reabre caminos hacia los que parecían separados de los otros por abismos infranqueables.

La catequesis puede ser igualmente la ocasión de una experiencia de solidaridad a gran escala²⁰. Las Iglesias proponen a menudo, sobretodo en el tiempo de Cuaresma, una sensibilización con situaciones de injusticia o bien a una participación a tal o tal acción solidaria. Nada impide que los equipos de catequesis aporten su contribución. Será ocasión para el creyente de hacer unión entre lo que hace en la escala de sus posibilidades y las cuestiones de una magnitud totalmente diferente (la de la sociedad o del mundo), y de experimentar que no se trata de dos esferas sin relación, sino que está invitado, si es modesto, a participar el mismo y a inscribirse en estas luchas que están más allá de nosotros. Vuelve la espalda, entonces, a una visión fatalista de la existencia donde, falta haber encontrado puntos de apoyo sobre los cuales el deseo de actuar puede cristalizar, cada uno queda con un vago deseo de hacer alguna cosa sin saber cómo ponerla en obra. De la misma manera, se ha visto en los últimos decenios aparecer iniciativas en los ámbitos de la pastoral de jóvenes, que proponen una primera sensibilización a la solidaridad a partir de pequeñas experiencias de inmersión, siempre cuidadosamente acompañadas²¹

Si el encuentro de Cristo llama el mismo a convertirse primera-

20 En la Antigüedad, era incluso una exigencia completa en la preparación al bautismo, si uno cree las preguntas puestas a los catecúmenos, de después de la "Tradición Apostólica de Hipólito": Cuando se elige a los que van a recibir el bautismo, se examina su vida: ¿Han vivido honestamente mientras eran catecúmenos? ¿Han cumplido con las viudas? ¿Han visitado a los enfermos? ¿han hecho toda clase de buenas obras? (Cap. 20 "Sources chrétiennes", n° 11bis, p.79)

21 Hago mención brevemente en "Un lien si fort". "En la pastoral de jóvenes hacer entender una promesa" op.cit., pp. 183-185.

mente en actor de la caridad, el hecho de poner la diaconía en marcha desde la catequesis ayuda mucho a ser consciente de que se trata de un elemento de la revelación, y no una prolongación de la fe reservada a los que serán dotados de un carisma particular. El creyente, entonces, toma primeramente conciencia, en un mismo movimiento, de la fuerza de su relación con Dios y de lo que transforma la manera de relacionarse con los otros.

UNA CATEQUESIS “DESCOMPARTIMENTADA” CONVOCA A LA COMUNIDAD A SU VOCACIÓN DIACONAL

Todo esto se hará entonces más sensible si la catequesis da la ocasión de ver vivir una realidad de Iglesia (parroquial la más a menudo, pero también de capellanías o de movimientos). Los textos del magisterio Universal (Concilio Vaticano II, *Catechesi Tradendae*, Directorio General para la catequesis) han impulsado a abrir la catequesis: ésta no puede verse como una actividad llevada a cabo por especialistas, donde el resto de la comunidad se desentendería. Aunque el tiempo y los lugares específicos de la catequesis o del catecumenado son necesarios, estos desarrollan primeramente sus potencialidades cuando son puestas en resonancia con otras realidades de la Iglesia: liturgia, “Iglesia doméstica” (prácticas en casa), encuentros e intercambios intergeneracionales, y bien entendido, diaconía de la Iglesia²².

El encuentro de la comunidad cristiana participa de la catequesis en la medida que ella da a percibir algún aspecto de la nueva alianza vivida en la Iglesia. Esta responsabilidad invita a la comunidad a preguntarse como acoge la Buena Noticia y le da consistencia. El

22 Más allá de los documentos del Magisterio citados arriba, se puede leer por ejemplo: H.DERROITTE, *La catéchèse décloisonnée, Jalons pour un nouveau projet catéchétique*, coll. *Pédagogie catéchétique*, n° 13, 3ª edición aumentada, Bruxelles, Lumen Vitae, 2004; B.HUEBSCH, *La catéchèse de toute la communauté, Vers une catéchèse par tous, avec tous y pour tous*, coll. *Pédagogie catéchétique*, n° 17, Montreal/Bruxelles/Paris, Novalis/Lumen Vitae/Bayard, 2002 (en referencia sobretodo al contexto norteamericano) así como le *Texte national pour l'orientation de la catéchèse en France*, Bayard/Cerf/Fleurus-Mame, 2006

lugar que da a la diaconía (trabajo de evangelización de las relaciones humanas, que pasa por una prioridad dada a los que habitualmente no cuentan mucho) participa plenamente de esta atención a convertirse primeramente en signo de la Alianza. Aquí, se ve que la cuestión de inicio de este artículo vuelve. No se trata solo de preguntarse como la catequesis puede nutrirse por la diaconía de la Iglesia sino que se descubre que la acogida de nuevas personas reenvía a la comunidad a su vocación diaconal.

Pensemos por ejemplo, ¿hacer la visita de los catecúmenos a la parroquia? Es darles la ocasión de encontrar sus actores a fin de que les aborden, descubran diferentes maneras de vivir su bautismo. Evidentemente, no será necesario aquí centrarse únicamente sobre los que tienen una relación directa con el anuncio del Evangelio y la celebración de la liturgia. Pues hay también cristianos que gracias a sus compromisos en el campo familiar, profesional, social, caritativo, o incluso político, participan de su vocación cristiana. A través de esto, en efecto, se expresa la preocupación de una vida correcta, que honra a Dios respetando su creación y que lucha porque la justicia del Reino haga su camino en las realidades del mundo. ¿No es del todo simplemente indispensable que una persona que se prepara a ser cristiano se dé cuenta – no en el discurso, sino más concretamente- que este amor del mundo, exigente y no naif, es constitutivo de la Iglesia?

De otra manera, dar lugar a nuevos miembros, de edades y medios de vida diferentes de la mayoría de los parroquianos, obliga a estos a moverse, a interrogarse sobre la manera que ellos pueden manifestar positivamente el deseo de recibir alguna cosa de parte de estos neófitos. Sin que sea forzosamente cuestión aquí de actividad caritativa o solidaria. Es más bien cuestión de diaconía en la medida en que se trata de acogida, hospitalidad. Es un test, a gran escala, para las comunidades y, a veces, es cruel: los nuevos bautizados se alejan de la Iglesia nada más comenzar, simplemente porque no ven como inscribirse al interior de lo que “vuelve” ya.

Así la preocupación de la catequesis puede llevar a una parroquia o una capellanía a interrogarse sobre su manera de abrir el campo de los carismas a los cuales se interesa, así la manera con la que ayuda a discernir y ponerlas en marcha. Será sin duda desplazada en su manera de pensarse ella misma como comunidad, llevada a verse menos como un conjunto homogéneo compartiendo los mismos valores y los mismos reflejos, sino primeramente como un grupo de pobres, a quien falta mucho de amor y de bondad, pero que cuenta con otros para continuar avanzando hacia Dios en el mundo²³.

Y luego, cuando las personas mismas marcadas por la minusvalía, las dificultades sociales o relacionales se presentan para convertirse en cristianas, será la ocasión para la parroquia, la capellanía o el movimiento de Iglesia, en hacerse disponibles a estos nuevos hermanos y hermanas, de descubrir todo un plan de la realidad que ignoran. Ciertas parroquias han tomado con pasión la preocupación por las personas sin domicilio fijo que han acogido, por detenidos que han escuchado y ayudado a expresarse, o bien por otras comunidades cristianas vivientes en contextos difíciles. En general, aprenden al mismo tiempo a entender nuevos acentos de la Buena Noticia. La comunidad catequizante es la comunidad catequizada.

Esta experiencia de avanzar juntos hacia Dios, de estar alimentados los unos por la fe de los otros, de hecho, no es nada anodina. Obliga a salir de una visión todavía muy individual de la vida cristiana y de la salvación, necesariamente pensada todavía en términos de méritos o de elección – arbitrarias- por parte de Dios. Ayuda a comprender la importancia, para Pablo, de la edificación de la comunidad. No se trata solamente de militar para espacios donde la humanidad podría florecer en la fe, la concordia y el compartir,

23 Ver B.BLAZY, A.-M.BOULONGNE, É.GRIEU, Cl.PÉGUY, *Quant Dieu s'en mêle*, Paroles de catéchumènes, Paris, Éd. De l'Atelier, 2010, la sección titulada "Les catéchumènes et les néophytes feront-ils bouger l'Église?", pp. 166-173.

lejos de rivalidades o de relaciones brutales.

Por otra parte, lo hará, para él, de manera que el cuerpo de Cristo resucitado, de tomar consistencia en el mundo de la historia. Joseph Moingt ayuda a comprenderlo cuando escribe:

“Así comprendida, la resurrección no se reduce a la individualidad del yo, se entiende a la totalidad de las relaciones con los otros, no como ellos me tienen como substrato, sino en tanto ven la constitución de una comunidad en la cual cada uno comparte la existencia de los otros, de tal manera pues que cada uno resucita en su ser con y por los otros, no solamente en el acto de existir en sí y por sí, sino igualmente de vivir su vida en comunión con la de los otros, de esta forma cada uno resucita por el acto de comunicar a los otros la energía de su vida nueva en Cristo y para beneficiarse de lo suyo²⁴”.

Esto nos ayuda a comprender porque tenemos necesidad verdaderamente de los otros para ser cristianos: nuestra salvación, nuestra resurrección no es un negocio estrictamente personal. Es también inscripción en un curso viviente, en un tejido de lazos que llaman a cada uno a su propia singularidad y le permite encontrar lugar, cada uno ajustado con los otros, en Cristo.

Lejos de ponerse en términos simplemente de “puesta en marcha” de la fe o de aplicación del Evangelio, la diaconía es constitutiva del ser cristiano. Por lo tanto no puede estar dissociada de la iniciación al encuentro con Cristo, y es por lo que igualmente toda preocupación por anunciar el Evangelio nos envía a la vocación diaconal de la comunidad. Cuando la fe se pone como una experiencia destinada a tocar el ser todo entero y a renovarlo en todas sus dimensiones, entonces, va en sí mismo que la diaconía – ese trabajo por el cual dejamos a Cristo remodelar nuestras formas de relacionarnos con los otros- participa de la evangelización. A partir

24 J.MOINGT, *Le Dieu qui vient à l'homme. De l'apparition à la naissance de Dieu, II*, coll. *Cogitatio Fidei*, n° 257, Cerf, 2007, p. 1077.

de aquí, podemos pensar la relación entre catequesis y diaconía no como un matrimonio de razón – un lazo subtendido por un interés que le queda exterior- sino, verdaderamente como un matrimonio de amor donde cada uno de los dos términos es consciente de pasar por el otro.

